

en la Escritura apenas si se ven ruinas, pues en cuanto la vista alcanza no distingue palmas, ni viñas, ni el famoso árbol del bálsamo, ni habitación alguna. Aquí y acullá crecen con penoso esfuerzo algunos arbustos raquíticos, sobre aquel suelo sin vida; sus hojas están cubiertas de la sal que los ha nutrido, y su corteza tiene el sabor y el olor del humo. En lugar de una que otra aldea, de que nos habla San Gerónimo, descúbrese las ruinas de algunas torres. La más pequeña avechilla del cielo no hallaría allí una brizna de yerba para su sustento. Por todas partes el desierto, las hórridas soledades que avecinan las riberas del mar Muerto, y en las cañadas de los montes fantásticas y tajadas peñas, llenas de cuevas y de mil extrañas maneras por las aguas pluviales. «Todo anuncia allí, diremos con Chateaubriand, la patria de un pueblo réprobo; todo parece respirar allí el horror y el incesto de que salieron Ammón y Moab.» Entre las rocas crecen el *copher*, arbusto cuyas hojas proporcionan el jugo con que las mujeres árabes y turcas dan á sus uñas un tinte anaranjado, y la singular planta llamada en árabe *ocher*, de grandes y lucientes hojas, que produce las manzanas de Sodoma.

Casi no hay un solo lector que no haya oído hablar de este famoso árbol, cuyos frutos, agradables á la vista, son de sabor amargo y tienen ceniza por carne. Tácito, en el libro quinto de su *Historia*, y Josefo, en la *Guerra de los judios*, fueron en opinión de muchos los dos primeros autores que han hecho mención de los extraños frutos del mar Muerto. Foulcher de Chartres, que viajaba por la Palestina en 1100, vió la falaz manzana y la comparó á los placeres del mundo. De entonces acá se han vertido muchas y distintas opiniones sobre ella: unos como Cerverio de Vera, Baumgarten, Pedro del Valle, Troilo y algunos misioneros confirman la relación de Chartres; otros, como Relaud, el padre Neret y Maundrell, se inclinan á creer que este fruto es una imagen poética de nuestras falsas alegrías; finalmente, otros como Pocke, Shaw, dudan absolutamente de su existencia. Ammón zanja al parecer esta dificultad, pues al describir el árbol, que á su parecer se asemeja á un espino egipcio, dice que su fruto es una manzana de hermoso color. El botánico Hasselquist contradice todo esto. La manzana de Sodoma no es el fruto de un árbol ni de un arbusto, sino la producción del *solanum melongena* de Linneo: «Hállanse muchas, dice, cerca de Jericó, en los valles inmediatos al Jordán, no lejos del mar Muerto; es verdad que algunas veces están llenas de polvo; pero esto sólo sucede cuando el fruto es atacado por un insecto (*tenthredo*), que pulveriza todo su interior no dejando intacta sino la piel sin destruir su color.»

¿Quién, después de esto, no creería resuelta la cuestión, fundándose en la autoridad de Hasselquist, y en la más respetable aún de Linneo? Pues no sucede así: Seetzen, sabio también y más moderno de todos estos viajeros, no se conforma con Hasselquist, relativamente al *solanum Sodomoeum*. «He visto, escribe, durante mi permanencia en Karak, en casa del párroco griego de esta ciudad, una especie de algodón parecido á la seda; este algodón, según me dijeron, se produce en la llanura de El-Gor, hacia la parte Oriental del mar Muerto, en un árbol parecido á la higuera, llamado *Aoeschaex*, y se halla en un fruto parecido á la granada. He creído que estos frutos, que no tienen pulpa interiormente, y que son desconocidos en lo restante de la Palestina, son quizás las famosas manzanas de Sodoma.»

«Héme, pues, lleno de dudas, dice M. de Chateaubriand, quien nos ha proporcionado las apuntadas opiniones, porque creo haber hallado el fruto tan buscado: el arbusto que lo produce, crece en todas partes á dos ó tres leguas de la embocadura del Jordán: es espinoso; y sus hojas son delgadas y pequeñas; se asemeja mucho al arbusto descrito por Amán y su fruto es enteramente igual en color y forma al limoncillo de Egipto. Cuando este fruto no está aún maduro, se muestra lleno de una savia corrosiva y salada; y cuando está seco, da una simiente negruzca que puede compararse á cenizas, y cuyo gusto es de pimienta amarga.»

Igual al fruto descrito por el gran escritor es del *ocher* de la fuente de Engaddi; y de él se dice en la comarca ser las famosas manzanas de Sodoma.

Por una llanura ardiente, blanqueada por las emanaciones salinas del mar, resistiendo el ardor que se desprende de la tierra al reflejar la luz y el calor, hasta el punto de hacerse más insoportable que los mismos rayos del sol, subiendo y bajando, pues el llano tiene distintos niveles, acércase el viajero al lugar que presencié una de las más grandes catástrofes de la humanidad. Al llegar á cierta distancia del mismo los helemitas, por la fuerza de la costumbre, no dejan de lanzar sus caballos á galope como arremetiendo á un enemigo: corren el *dejerid* haciendo con sus armas ruidosa salva.

De repente hállase uno á las orillas del mar; y decimos de repente, porque uno se figura estar como distante, pues ningún rumor, ninguna frescura anuncia la proximidad de las aguas. El ruido de las olas no interrumpe jamás el silencio de muerte que reina en aquellas tristes orillas y en la contigua comarca espantada todavía quizás por los

crímenes que en ella se cometieron y por la venganza del Señor que atrajo sobre sí!

Figúrese el lector una dilatada bahía que se prolonga hasta perderse de vista entre dos murallas de tres mil pies de alto separadas por una distancia de cinco ó seis leguas. Esta inmensa extensión la ocupa una agua clara, blanquecina de cerca; pero á cierta distancia y á las horas del día en que el sol tropical caldea la superficie líquida, tersa como el hielo, que por todas partes refleja deslumbradores rayos, nada revela que aquello sea agua, ni el movimiento de las olas, ni las brisas del mar... Aparte algunas cañas en varias pendientes areniscas hacia los montes de Judea, no se ve árbol ni planta. El cielo es sin nubes, sin movimiento el aire, los montes carecen de sombra y de verdor. La ribera cubierta de una capa de sal, es blanca y parece calcinada; ramas y raíces y árboles enteros arrancados de los márgenes del Jordán y escupidos luego sobre la playa, están cubiertos de sal y convierten este lúgubre mar en un recinto sembrado de huesos. La vista no puede fijarse en ninguna parte con motivo de la viveza de la luz; un calor intenso parecido al de un horno, aumenta el malestar que se experimenta, de suerte que después de haber deseado con ansia ver un mar tan célebre, siéntese uno sobrecogido ante este espectáculo triste y desagradable, ansiando alejarse de una playa contra la cual tantas maldiciones se han proferido.

Y sin embargo, aquel lugar, hoy de desolación y luto, era tierra hermosa y feraz en aquellos días en que Abraham dijo á su sobrino Lot: «Nuestra hacienda es mucha y no podemos morar juntos en un mismo lugar. Ruégote que no haya contienda entre nosotros, ni entre mis pastores y los tuyos; toda la tierra está ante tus ojos; apártate de mí. Si fueres á la izquierda, yo tomaré la derecha; si tú escogieres la derecha, yo me iré á la izquierda.» Extendió Lot la vista por la vega del Jordán, delicioso y rico paraíso, y escogió por morada la opulenta Sodoma, que con las ciudades de Gomorra, Adama, Seboim y Bala, llamada después Segur, formaban la Pentápolis culpable y ostentaban su cultura y lujo en el jardín de Jehová, así le llama el Génesis, en el valle de Siddim ó *de las Selvas*, tan frondoso era; hoy es el mar Muerto.

La lluvia de azufre y fuego que llovió del cielo y destruyó Sodoma y Gomorra y todo el territorio del contorno, todos los moradores de las ciudades y todo lo verde de la tierra, no consta solamente en el libro sagrado, sino que también los autores paganos tuvieron conocimiento de suceso tan extraordinario. Y prodigio tan estupendo hirió de tal

suerte la imaginación de los hombres, que ha sido en todos los siglos muy frecuente y agradable el contar maravillas sobre el mar Muerto. Todavía hoy sus assoladas playas atraen la atención del mundo sabio.

Asegura Flavio Josefo que en el fondo de sus olas se veía la sombra de las desventuradas ciudades, sobre las que se había dejado sentir la mano pesada de la ira divina. La Física en este caso viene en nuestro auxilio, conformándose con lo que la Escritura nos dice, conforme nos lo hacen ver las opiniones respetables y de grandísimo peso de Michaelis y del sabio Buschin en su *Memoria del mar Muerto*. Sodoma estaba construída sobre una cantera de betún, como consta por el testimonio de Moisés y del citado Josefo, que hablan de los pozos de betún del valle de Siddim. Un rayo incendió este golfo, y las ciudades se hundieron en el incendio subterráneo. Mr. Malte-Brún conjetura muy razonablemente que Sodoma y Gomorra podían estar construídas con piedras bituminosas y haberse incendiado con el fuego del cielo.

Strabón habla de trece ciudades sepultadas; y téngase en cuenta que Strabón no distaba de la época del incendio de Sodoma más tiempo del que dista él de nosotros. Tácito hace igualmente mención de aquellos fértiles campos y de las opulentas ciudades consumidas por el fuego del cielo, de las que afirma que quedaban todavía vestigios. Según el escritor griego las poblaciones sumergidas en el lago fueron siete. Esteban de Bizancio cuenta ocho; el Génesis coloca cinco *in valli silvestri*, antes mencionadas, pero sólo señala las dos primeras, Sodoma y Gomorra, como destruídas por la cólera de Dios; y la sabiduría cuenta cinco sin nombrarlas *Descendente igne in Pentapolim*.

Llámase el mar Muerto *Mar de la soledad*; no sólo por el desierto que le rodea, sino además porque ningún ser organizado, sea animal ó vegetal, puede vivir en sus emponzoñadas aguas. En el Génesis se le llama mar de la Sal, *mare salis*, y en los Números *mare salissimum*; en la historia lago Oriental, lago Asphaltito, mar de Sodoma, mar del desierto; entre los árabes Almotenah y Bahar-Lot, es decir, lago de Lot, y Vla-Degnisi entre los turcos.

Mucho se ha ideado y escrito sobre la formación del mar Muerto. «No puedo asentir, dice Mr. Chateaubriand, á la opinión de los que suponen que el mar Muerto es el cráter de un volcán.» Efectivamente, M. Munk afirma que la catástrofe de la ciudad de Sodoma fué producida sin género alguno de duda por la erupción de un volcán. Volney era de la misma opinión, tomándola uno y otro de Strabón. En contradicción á ella continúa Chateaubriand: «He visto el Vesubio, la Solfatara, el Monte-Nuevo, en el lago Fusino, el pico de las Azores, el Mamelife,

enfrente de Cartago, y los volcanes apagados de la Auvernia, y en todos he visto iguales cráteres, esto es, montañas socavadas á manera de embudo, lavas y cenizas donde no es posible desconocer la acción del fuego. El mar Muerto, por el contrario, es un lago bastante largo, encorvado á modo de arca, enclavado entre dos cordilleras, que ninguna semejanza de forma, ninguna homogeneidad de terreno tienen entre sí. Estas dos cordilleras no se reúnen en las dos extremidades del lago, pues continúan por un lado, cercandando el valle del Jordán, acercándose hacia el Norte hasta el lago de Tiberiades; y por el otro, van á perderse hacia el Mediodía, alejándose en los arenales del Yemén. Es cierto que se encuentran betunes, aguas calientes y piedras fosfóricas en la cadena de las montañas de la Arabia, pero no las he visto en la cordillera opuesta. Por otra parte, la presencia de aguas termales, azufre y asfalto no basta para evidenciar la existencia de un volcán. Por lo que respecta á las ciudades abismadas me limito á decir que me atengo al sentido de la Escritura.»

Schúbert ha dicho: «Es el terreno inmediato al mar Muerto en parte calcáreo y arcilloso y en parte compuesto de piedra aljez penetrada de azufre y betún; véanse esparcidos por el suelo hasta considerable altura y á gran distancia del mar ó adheridos á aquél compactos fragmentos más ó menos voluminosos de betún, de modo que el alimento no habría de faltar á un incendio que se comunicase de lo alto, reproduciéndose en los mismos parajes en que ocurrió el pasado. Aunque numerosas cavidades circulares por el negro color de sus paredes, efecto del asfalto, recuerdan á primera vista los cráteres de los volcanes, un examen más detenido no tarda en hacer ver que tales hundimientos carecen de comunicación unos con otros, y que, por lo tanto, es imposible ver en ellos volcanes de realidad. Más que de cráteres ofrecen el aspecto de un foco de incendio terrestre que hubiese consumido toda la masa de un criadero de azufre y asfalto.»

Russeger emite igual dictamen al exponer su hipótesis sobre la formación del mar Muerto. «Estudiando, dice, un fenómeno tan extraordinario, por antipático que sea á la hipótesis, surge una cuestión: ¿Qué causa puede haber producido tan grande efecto? Si estudiamos la estructura geológica del suelo en Siria, encontramos todas las peñas en su formación normal, predominando empero la del Jura y de la época de la greda. Sólo en la parte Norte de esa región echamos de ver en considerable desarrollo la formación volcánica, mientras que en la parte media y en la meridional su índole es subordinada y local. Por lo demás, si en Siria no nos encontramos con frecuencia sobre peñas

volcánicas, pisamos sin embargo á menudo un suelo agitado volcánicamente, un terreno expuesto de continuo á las más fuertes influencias de las fuerzas volcánicas, y que revela de ello indicios ciertos en innumerables localidades. Tales son las fuentes termales, las depresiones en forma de cráter, como el lago de Tiberiades con sus mármoles negros, y también el del mar Muerto, la frecuente perturbación en los estratos normales de las piedras, los numerosos valles formados por rompimiento, y con preferencia los terremotos bien conocidos, frecuentes y violentos.

»En la mayor parte de los terremotos creo que la fuerza volcánica que los produce, obra en la dirección de grandes hendiduras subterráneas, pues generalmente en mis reiteradas observaciones de volcanes apagados y en acción creo haber tenido motivos para convencerme de que la acción de los volcanes sobre las hendiduras, sino es exclusiva, á lo menos es muy predominante. De ahí se siguen las corrientes de los terremotos, las direcciones ciertas y constantes por muchos terrenos en los cuales se suceden las conmociones, y que cuando van acompañados de erupciones volcánicas se presentan como una continuación de volcanes. En Siria también, merced á las épocas históricas, se muestra una dirección parecida de los terremotos en las líneas que presentan las hendiduras del terreno. Sigue por las poblaciones de Hebrón, Jerusalén, Naplusa, Tiberiades, Safed, Balbec, Alepo, y en su conjunto presenta una dirección de Sudoeste á Noreste, coincide con la dirección central de la cordillera de las montañas de Siria, forma una línea paralela con la depresión del Jordán y termina al Norte en el terreno volcánico de la vertiente meridional del Tauro, el Sud de las montañas de la Arabia Petrea.

»Ramas laterales de esa grande hendidura parecen en muchos puntos extenderse hasta el mar, y lindan con las comarcas de Jaffa, Arce, Beirut y Antioquía, á no ser que otro rompimiento paralelo al primero se extienda por la costa uniéndose con los puntos indicados. Soy del último parecer, y abrigo la convicción, ó á lo menos la presunción de que hay en la Siria otro gran rompimiento, que concuerda con la dirección de la depresión del valle del Jordán y en su prolongación al Norte se reúne con ese rompimiento principal. Si esta suposición es exacta, la depresión se explica naturalmente por una de las fuertes catástrofes de la acción volcánica citada por la Biblia (tradición de Sodoma y Gomorra, etc.) Este rompimiento apareció; el suelo debió removerse y dió lugar á la gran depresión principiando en el Djebel-el-Scheik y terminando en el punto de partida de las aguas en el valle de Arabah. La